

Educación
FLACSO ARGENTINA
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
propuesta@flacso.org.ar
ISSN 1995- 7785
ARGENTINA

Propuesta
Educativa
35

2011

**Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la
segunda mitad del siglo XX, por Valeria Manzano,
Propuesta Educativa Número 35 – Año 20 – Jun 2011 – Vol 1 – Págs. 41 a 52**

Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX

VALERIA MANZANO*

Durante septiembre y octubre de 1958, los medios periodísticos de la Argentina se sorprendían de la “gimnasia rebelde” que desarrollaban los estudiantes secundarios identificados con la causa “laica” -quienes se oponían a que las universidades privadas otorgasen títulos que habilitaran al ejercicio profesional- y, en menor medida, quienes lo hacían con su opuesta, la “libre”. Esa “gimnasia” incluía la toma de escuelas y las movilizaciones que podían culminar con cientos de chicas y chicos en diferentes comisarías -como sucedió el 5 de septiembre, por ejemplo. Para la prensa, el Jefe de Policía, el Ministro de Educación y el presidente Arturo Frondizi (1958-1962), esa “gimnasia” obedecía a la escasa cultura cívica que los estudiantes habrían recibido en la “década anterior” -en referencia a la peronista (1946-55)- y a la erosión de los “principios de autoridad y disciplina”¹. En agosto y septiembre de 2010, más de 50 años después de la “laica o libre”, cuando los estudiantes secundarios tomaron 30 escuelas porteñas reclamando mejoras en las condiciones edilicias, los medios más conservadores volvieron a articular una representación combinando preocupaciones sobre la erosión del “principio de autoridad” con otras sobre la dirección de la “gimnasia rebelde”². En uno y otro contexto se ponía en cuestión la legitimidad de las acciones estudiantiles y se los relacionaba con dinámicas políticas y culturales mayores.

Más que focalizar en las reacciones que generaron, este artículo busca reconstruir las tradiciones y repertorios organizativos de los estudiantes secundarios en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Al hacerlo, su propuesta es historizar al movimiento estudiantil secundario en su imbricación con la emergencia, consolidación, y cuestionamiento de la juventud como categoría cultural y política y de los y las jóvenes como actores culturales y políticos. Como lo han señalado los historiadores que han trabajado sobre Norteamérica y Europa occidental, antes que un estadio biológico la juventud es una categoría sociocultural que se constituyó en relación con la expansión de la escolarización y la cultura del consumo, entre otros procesos (Gillis, 1974; Fass, 1977; Mitterauer, 1986). Las historias de la juventud en aquellos países reconocen una inflexión en la segunda postguerra, cuando la combinación de crecimiento demográfico y afluencia económica dio como resultado al *teenager* y a sus sucesores más contestatarios de los sesenta (Sirinelli, 2003; Sorcinelli *et al.*, 2005; Fowler, 2008). Menos numerosos y sin disfrutar de la afluencia al igual que sus pares en los países centrales, los y las jóvenes en la Argentina -como en otros países latinoamericanos- también devinieron actores culturales y políticos de fundamental importancia. En la medida en que la autoridad atribuida al pasado y a la tradición se erosionaba, la juventud ganó relevancia y devino una categoría central sobre la cual diversos actores proyectaban sus temores y esperanzas en torno a la posibilidad de cambio social, cultural o político (Manzano, 2009 y 2010).

La historia de la juventud y los jóvenes ofrece un horizonte posible desde el cual reconstruir las transformaciones del movimiento estudiantil secundario. En un esfuerzo por detectar continuidades y rupturas, este artículo se detiene en cuatro momentos significativos. Primero, en el contexto de las ya mencionadas movilizaciones en torno a la “laica o libre”, las primeras a escala nacional en las cuales varones y mujeres, de colegios privados y públicos, ocuparon masivamente las calles y



Dra. en Historia (Indiana University, 2009) y becaria post-doctoral de la Universidad de Chicago y el American Council of Learned Societies (2010-2011); Prof. adjunta en IDAES-UNSAM. Ha investigado la emergencia de culturas juveniles en la Argentina desde las perspectivas de la historia cultural, política y sexual, la base de su futuro libro (2012). E-mail: amanzano@umail.iu.edu

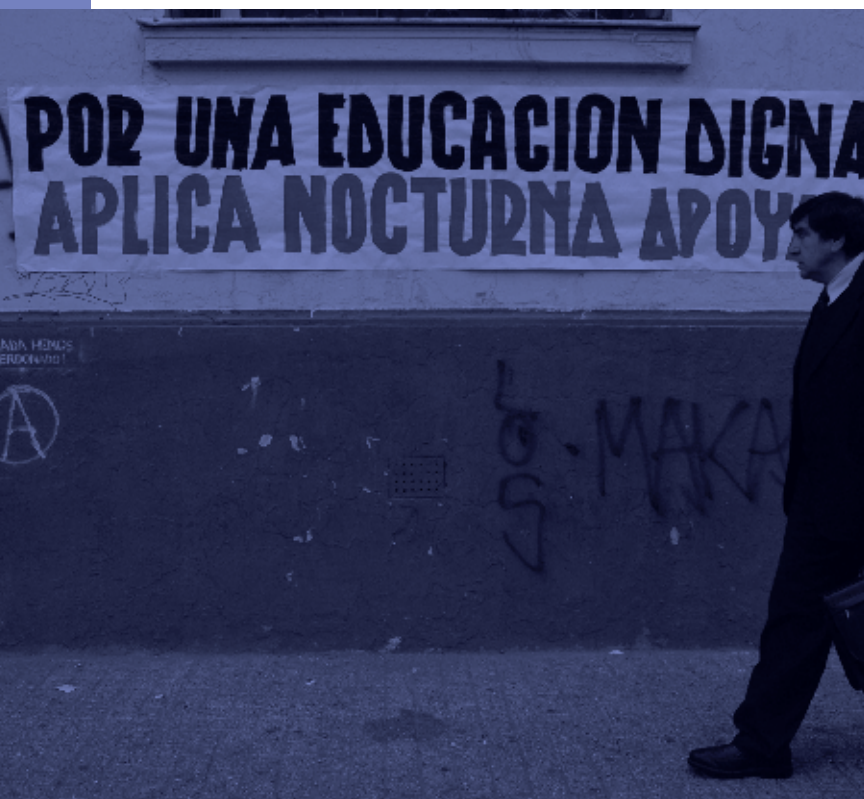
cuestionaron -en términos prácticos- la legislación que les impedía desarrollar tareas gremiales y/o políticas en el marco escolar. Segundo, el artículo reconstruye la coyuntura de 1973, suerte de primavera democrática en la cual los estudiantes secundarios estuvieron en el centro de la escena político-cultural. La mitad de la década de 1980 ofrece el tercero de los momentos a deshilvanar: en el debate público sobre la “regeneración” del país tras la experiencia dictatorial y, en especial, la práctica del terrorismo de Estado, los estudiantes secundarios -como epítomes de una “nueva juventud”- ocuparon un sitio de preferencia. En su aprendizaje democrático, se creía, debían y podían articular sus propias organizaciones. Parte de ese optimismo se había evaporado hacia la primera mitad de la década de 1990, el último de los momentos que se analiza, poniendo el foco en dos experiencias: la participación estudiantil en las campañas contra el “gatillo fácil” y la violencia contra adolescentes —especialmente tras el asesinato de Walter Bulacio y en las movilizaciones por el caso María Soledad Morales, ambos datados en 1991- y las coordinadoras creadas en defensa de la educación pública en 1992. Esa ampliación de las demandas, articulaciones, y discursos que atravesaban al movimiento estudiantil en los primeros años de 1990, con transfiguraciones, se han proyectado hacia el siglo XXI.

El 58' y después

El conflicto que opuso a “laicos y libres” se inició en agosto de 1958, cuando el presidente Arturo Frondizi, honrando acuerdos con sectores eclesiásticos -que implicaron también el nombramiento de su Ministro de Educación, el militante católico Luis Mac Kay —anunció que su gobierno impulsaría la reglamentación del Artículo 28 del decreto ley 6.403, promulgado en diciembre de 1955, por el cual se establecía la posibilidad de que las universidades particulares, o “libres”, expidieran títulos que habilitasen a sus egresados a ejercer profesionalmente. Al anunciarse la decisión presidencial, miles de estudiantes colmaron las calles y ocuparon facultades y escuelas proclamándose por la derogación del Artículo 28 ya que abriría la puerta, sostenían, al avance del clero y “los monopolios” en la educación. Esas movilizaciones por la “laica” terminaron en derrota y como los estudiantes temían, la primera institución en usar los nuevos

recursos fue la Universidad Católica Argentina (Buchbinder, 2005; Manzano, 2008). ¿Cómo y por qué los estudiantes secundarios se involucraron en un conflicto que no era necesariamente suyo? ¿Qué pistas nos da esta coyuntura para entrever la fisonomía no tan sólo del movimiento sino, más generalmente, del cuerpo estudiantil secundario?

El cuerpo estudiantil crecía y, desde 1956, el movimiento estudiantil se reorganizaba. La expansión de la escolarización secundaria fue uno de los signos de la “democratización del bienestar” peronista, que se amplió y diversificó en las décadas que siguieron (Torre y Pastoriza, 2002). Mientras que en 1945 la matrícula en las ramas normal, comercial, bachiller y técnica sumaba 201.000 estudiantes, en 1955 llegaba a 489.000; y en 1965 a 789.000³. En esta expansión hay algunos rasgos destacables. Primero, no sólo los hijos de las familias acomodadas ingresaban a la escuela secundaria. En la década de 1950, las ramas que más crecieron fueron la normal y la técnica; en la siguiente, explotaba la matrícula en la comercial. Esta última y la técnica atraían a



hijos de los sectores medios-bajos y de obreros calificados⁴. Segundo, la matrícula de la escuela media se feminizó: en 1950 las chicas representaban un 47 por ciento del total de estudiantes y en 1960 ya eran la mitad. Matriculadas inicialmente sobre todo en escuelas normales, a fines de la década de 1950 eran ya el 45 por ciento en escuelas comerciales⁵. Por último, un 40 por ciento de adolescentes estudiaba en escuelas católicas. Entre 1956 y 1958, gracias a una generosa política de subsidios de la llamada Revolución Libertadora, diversas congregaciones católicas abrieron 110 escuelas medias⁶. En ese bienio también se transformó la organización formal del movimiento estudiantil. Tras el derrocamiento del peronismo y el desmantelamiento de su Unión de Estudiantes Secundarios (UES), otros grupos ganaron terreno -a pesar de que el “decreto Jorge de la Torre” (1936) prohibía cualquier forma de política entre los estudiantes secundarios. Uno de ellos, la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) representaba al nacionalismo de derecha, con sólidos vínculos con organizaciones universitarias del mismo signo y, luego, con la incipiente Tacuara (Gutman, 2003). Los estudiantes comunistas, por su parte, en mayo de 1958 lanzaron la Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios (FEMES)⁷. Ambas organizaciones proveyeron los militantes más aguerridos a las batallas entre “libres” y “laicos”.

Además de peleas callejeras, los meses del conflicto “laica o libre” se caracterizaron por una inusitada efervescencia organizativa y las tomas masivas de escuelas, siempre por parte de los “laicos”. Con el correr de septiembre de 1958 cristalizaron “Ligas” en la provincia de Buenos Aires y en las ciudades de Córdoba, Rosario y Tucumán. La “Liga del Sur”, por ejemplo, reunió a chicas y varones de escuelas de todas las ramas en Avellaneda, Lanús y Lomas de Zamora, quienes sostenían que la “libertad de enseñanza” en la educación superior era el primer paso para la reposición de la enseñanza católica en los niveles inferiores⁸. Su involucramiento no era sólo, así, en solidaridad con sus pares universitarios sino en “defensa propia” y de la causa laica. Cuando la Cámara de Diputados se prestaba a votar, como forma de presión a los representantes, la “Liga del Sur” estuvo al frente de la oleada de ocupaciones de colegios, y la policía al frente de sus desalojos. En algunos casos, los secundarios no ofrecieron mucha resistencia, aunque precavidamente llamaron a escribanos para hacer constar que “no se habían destrozado materiales didácticos ni muebles”. Fue lo sucedido, por ejemplo, en la Escuela Normal 4, donde las “60 señoritas ocupantes” estaban acompañadas por sus padres. En otros colegios, como el nacional Mitre, los alumnos se negaron a retirarse y la policía usó gases lacrimógenos y los sumarió por usurpación⁹. Dada la ampliación y la radicalización de la movilización estudiantil, los discursos y prácticas represivas alcanzaron mayor envergadura. En un comunicado, Luis Mac Kay anunció el cierre de ocho escuelas con la consecuente pérdida del ciclo lectivo para los alumnos¹⁰. El mensaje no tuvo un efecto inmediato: cuando se enteraron de la votación en la Cámara de Diputados adversa a la “causa laica”, los estudiantes redoblaron la apuesta. La dinámica general permitió incorporar demandas más localizadas, como lo sucedido con las alumnas del Comercial 16, que ocuparon el colegio en defensa de la “causa laica” y recorrieron los diarios denunciando el autoritarismo y las actitudes antisemitas de la directora¹¹. Para ellas y tal vez para otros estudiantes, el conflicto “laica o libre” fue el telón sobre el cual hicieron públicos descontentos más cotidianos que atravesaban en su experiencia escolar.



La derrota de la “causa laica” y la creciente represión de la protesta social -enmarcada desde fines de 1959 dentro del Plan de Conmoción Interna del Estado (Conintes)- permiten explicar la decreciente gravitación de las federaciones, aunque esas razones no terminen de dar cuenta de la aparente “despolitización” del cuerpo estudiantil secundario. En verdad, tanto la FEMES como la UNES continuaron enfrentándose después de la “laica o libre”. El hecho más grave ocurrió en agosto de 1960, cuando militantes de la UNES hirieron de gravedad a un estudiante de la escuela Sarmiento, a los gritos de “judío comunista”. La FEMES se puso al frente de una campaña de repudio al antisemitismo y racismo, que terminó en un paro estudiantil con amplio acatamiento. Asimismo, los hechos generaron una investigación oficial en la escuela Sarmiento. Culpándolos de no haber contenido la “infiltración de derecha e izquierda” ni cuidado el cumplimiento del Reglamento, el Ministerio separó de sus cargos a todos los directivos, castigo ejemplificador que la prensa promocionó¹³. Incluso para los militantes más convencidos, las posibilidades de acción política se tornaban difíciles. En 1962, un informe de la Federación Juvenil Comunista anunciaba que en la Capital la FEMES contaba con 678 militantes y que en el Gran Buenos Aires no superaban los 280. El informante reconocía un declive y, antes que sólo a las medidas represivas, lo adjudicaba también a que “los secundarios están cayendo bajo el estilo yanqui, solo les importa bailar el twist”¹⁴. Con ironía, el informe reconocía un hecho básico: con el correr de los sesenta, los estudiantes secundarios, y los jóvenes en general, estaban en el centro de cambios profundos en la cultura de masas de los cuales eran los principales destinatarios.

A la par que los jóvenes ganaban visibilidad en la cultura de masas, crecía el interés público en sus gustos e intereses, incluida su relación con la escuela. En 1958, una profesora pidió a 200 estudiantes del Gran Buenos Aires que escribieran sobre sus experiencias y todos aludieron a las sensaciones de encierro, o al “tener que pedir permiso hasta para estornudar”¹⁵. Ya avanzada la década de 1960, los estudiantes también se quejaban de la bifurcación entre la escuela y sus opciones de consumo: las chicas cuestionaban no poder usar ni pantalones ni maquillaje y los chicos tener que llevar su pelo “como los conscriptos”¹⁶. Asimismo, las quejas contra la monotonía de planes de estudios y clases eran ubicuas, tanto como las que remarcaban la severidad del sistema disciplinario. Aunque no haya datos precisos, el Ministerio de Educación pedía la colaboración de padres y profesores para mantener el “sentido del orden y el respeto” e indicaba con alarma que, en el primer lustro de la década de 1960, las sanciones disciplinarias se habían triplicado respecto al anterior¹⁷. Con el correr de los sesenta, así, mientras el movimiento estudiantil -sus organizaciones y federaciones- aparecía en retroceso, el descontento con las rutinas y el autoritarismo escolar se multiplicaba, mucho más cuando éstos parecían entrar en contradicción con la experiencia vivida fuera del territorio escolar, signada por las mayores autonomías que los chicos y chicas iban ganando y que se expresaba, por ejemplo, en los nuevos consumos culturales, pautas de la moda, y formas de sociabilidad. Una serie de contradicciones que, hacia el final de la década y principios de la siguiente, informaría los repertorios de acción y las opciones político-culturales de una cohorte estudiantil que poco recordaba ya las revueltas de la “laica o libre” y que se mostraba tanto o más radicalizada que sus pares de 1958.

Hacia una “primavera democrática”, 1973

En mayo de 1969, una serie concatenada de revueltas populares puso fin a las esperanzas de eternidad de la autodenominada “Revolución Argentina”. Instaurada en 1966 bajo el liderazgo del General Juan Carlos Onganía, ese régimen burocrático-autoritario, embebido de las doctrinas de “seguridad nacional” a tono con la Guerra Fría tanto como de catolicismo ultramontano, se proponía acelerar el desarrollo económico en aras de consolidar la defensa nacional y, de esa manera, impedir que se expandiera un “comunismo” al que ya entreveía presente (O'Donnell, 1996; Altamirano, 2001). Para impedir que ese “comunismo” se expandiera entre los jóvenes, un mes después de asumir, el régimen desplegó dos iniciativas: por un lado, intervino las universidades públicas, revocando su autonomía y prohibiendo la actividad política; por otro, entendiendo que la “debilidad moral” precedía a la política, emprendió campañas por las cuales las policías de diferentes municipalidades -como la de Buenos Aires- se enfocaron en la nueva sociabilidad juvenil, rapando melenas y persiguiendo a chicas que se animaran a usar minifaldas (Pujol, 2002; Manzano, 2005). Cuando estallaron, entonces, las revueltas populares canalizaron un descontento generalizado con un régimen que había cerrado todo canal de participación y sofocado sen-

sibilidades emergentes. Los estudiantes secundarios se plegaron a las revueltas en Resistencia, Tucumán, Rosario -donde el segundo de los 30 muertos de aquel mayo fue Luis Blanco, trabajador metalúrgico y estudiante técnico de 15 años- y Córdoba. En el clima de creciente politización social y radicalización que siguió, alcanzando su pico en la “primavera democrática” de 1973 -con la asunción al gobierno de Héctor Cámpora- los estudiantes secundarios contribuyeron a la formación de una cultura juvenil contestataria (Cattaruzza, 1997) que combinaba rasgos de una contracultura ligada al rock y sus estéticas con otros ligados a la militancia en grupos revolucionarios, ya sea de izquierda o peronistas.

Esa cultura juvenil contestataria en buena medida tomó forma en las escuelas secundarias, informando demandas, repertorios de acción y alternativas de organización. Entre las nuevas demandas se encontraban las relacionadas con el largo del pelo y los modos de presentación personal, un área sensible para los chicos que se vinculaban a las culturas del rock. En 1971, por ejemplo, las autoridades de la escuela Mariano Acosta decidieron expulsar a un estudiante por no usar la “ropa apropiada” y tener el pelo “demasiado largo”. Cuando sus compañeros se solidarizaron, otros 25 fueron añadidos a la lista de despedidos. Un episodio similar ocurrió a principios de 1972, cuando 400 estudiantes del colegio Nicolás Avellaneda llamaron a una huelga en repudio de las exigencias de pelo y ropa¹⁸. En el transcurso de 1972, esas tensiones se entretrejieron con otras que cuestionaban el sistema disciplinario por completo. Así, mientras estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires pusieron una bomba en una garita desde la que los preceptores controlaban sus movimientos, en otras escuelas los varones llevaron adelante lo que en la época se conoció como *melenazos*, mediante los cuales se negaban a cortarse el pelo y entraban en masa a la escuela para evitar expulsiones¹⁹. Ese estado de evidente descontento con el autoritarismo escolar se entretrejo con la rearticulación del movimiento estudiantil secundario. La huelga docente de 1971, en oposición a las reformas educativas que planeaba llevar adelante la administración del General Alejandro Lanusse (1971-1973), ofreció el marco para que se comenzara a visibilizar la heterogeneidad de grupos que procuraban organizar al activismo en las escuelas, incluyendo comunistas y trotskistas, de “izquierda nacional”, “guevaristas”, “chinoístas” y peronistas²⁰. Fue el peronismo -en sus vertientes revolucionarias- el que más informó y se benefició de la politización juvenil, algo que en las escuelas secundarias era ya muy evidente a lo largo de 1972, profundizándose el año siguiente²¹.

La llegada de Cámpora a la presidencia marcó una suerte de “primavera democrática” que se percibió con nitidez en los ámbitos educativos. En términos de agrupaciones, los sectores revolucionarios -fundamental pero no solamente juveniles- bajo la dirección de Montoneros se abroquelaron en la llamada “Tendencia” y dos de sus frentes, ambos lanzados en abril de 1973, proponían organizar al estudiantado: la Juventud Universitaria Peronista y la renovada Unión de Estudiantes Secundarios (UES) (Gillespie, 1982). Significativamente, en el acto de lanzamiento de la UES las disputas entre esa “Tendencia” y Perón se manifestaron por primera vez: Rodolfo Galimberti -hasta allí, representante de la “Juventud”- convocó a la formación de milicias populares y Perón lo removió de su cargo. En lo inmediato, esas desavenencias quedaron en un segundo plano. A poco de asumido Cámpora, y como parte de una oleada de ocupaciones de instituciones públicas para evitar el “continuismo” -esto es, la continuidad de personal y/o prácticas identificadas con el precedente régimen militar (Nievas, 1999)-, la UES organizó la toma de unas 20 escuelas. En algunos casos, las tomas dieron lugar a transformaciones muy profundas, como sucedió en la escuela Belgrano, donde los estudiantes lograron expulsar al director, “un gorila”. Es difícil sobreestimar el sentido de poder que esos estudiantes habrán experimentado: “hasta ayer éramos nada”, recuerda un ex “ocupante”, y “ahora, con el gobierno popular, teníamos la palabra”²².

Y el “gobierno popular” sentó, por un tiempo, nuevas bases para el activismo estudiantil. Uno de los signos más inequívocos de esa efímera “primavera” fue el anulamiento del decreto de la Torre y la autorización -e impulso- ministerial a la creación de “organismos de participación estudiantil” que, se creía, ayudarían a forjar jóvenes “participativos, dispuestos a tomar riesgos y a cuidar de su prójimo” en esa etapa de “reconstrucción nacional”²³. El llamado a la participación estudiantil no se hizo esperar. Mientras desde la Federación Juvenil Comunista se insistía en la creación de centros basados en delegados por curso, inicialmente la UES promovió las “Mesas de Trabajo” que vincularan, en cada escuela, a docentes y estudiantes. Las “Mesas” no tuvieron el éxito esperado, mientras en pocos meses se habrían creado alrededor de 300 centros en todo el país -muy a pesar de los líderes comunistas, la mayoría estaba “controlada” por la UES²⁴. Los líderes de las organizaciones

más fuertes acordaban, en septiembre de 1973, que la efervescencia organizativa no se detenía aunque, por un lado, todos reconocieran que era más difícil organizar a las chicas -“todavía muy controladas por sus familias”- y, por otro, difirieran en el orden de sus prioridades. Mientras comunistas y radicales procuraban avanzar con “demandas gremiales”, los voceros de la UES insistían en que tales demandas eran las de la “reconstrucción nacional”²⁵. De manera literal, la UES desarrollaba “operativos de reconstrucción”, consistentes en trabajo social en los barrios más carenciados de cada distrito que incluían desde ayuda escolar y recreación hasta pintura de escuelas y hospitales o la construcción de zanjas²⁶. En enero de 1974, todos esos esfuerzos se mancomunaron en el emprendimiento más importante de la UES, el “Operativo Güemes,” que llevó a 500 estudiantes de todo el país a Salta, donde colaboraron en el zanjeo y limpiado de canales y en la construcción de aulas²⁷. Asimismo, los líderes de la UES -que eran elegidos, como en otros frentes, por la dirección de Montoneros- promovieron que los estudiantes de las escuelas mejor organizadas, como el Colegio Nacional de Buenos Aires, se transfirieran a otras, preferentemente localizadas en barrios más humildes y de orientación técnica (Garaño y Pertot, 2002; y los testimonios en Robles, 2004 y Guelar *et al.*, 2001). Más allá de cualquier voluntarismo, 1974 marcó el definitivo encumbramiento de la derecha peronista en las estructuras gubernamentales, algo que se percibió con crudeza en el ámbito educativo.



Con el inicio del año lectivo de 1974 -en el cual se registró el crecimiento inter-anual más elevado de la década de 1970, 6,9%, con un cuerpo estudiantil que sobrepasaba los 1.200.000 (Tiramonti, 1995)-, la “primavera democrática” se comenzaba a evaporar. Las autoridades que meses antes habían promovido la participación estudiantil, llamaban ahora a limitar el activismo y a “recuperar el principio de autoridad”²⁸. Ese proyecto asumió formas cada vez más represivas. A poco de comenzado el año, una estudiante de la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista denunció que una banda parapolicial la había secuestrado y violado, prácticas que alcanzarían luego dimensiones escalofriantes. En agosto, mientras tanto, apareció muerto Eduardo Beckerman, un líder de la UES. En términos más institucionales, por si alguna duda quedaba del irreversible giro a la derecha del gobierno de Isabel Perón, el Dr. Oscar Ivanissevich se hizo cargo del Ministerio de Educación. En

uno de sus primeros discursos, transmitidos por cadena nacional, le prometía a los padres y a los docentes que su “misión” era la de “desterrar la subversión del ámbito educativo”. Mientras ordenaba la intervención ministerial de las escuelas cuyas autoridades se mostraban “remisas a recuperar la autoridad”, con su firma decretó que, al iniciarse el ciclo lectivo 1975, se cerrarían todos los centros²⁹. La noche ya había comenzado a caer sobre el movimiento estudiantil secundario.

En busca de una “regeneración”: los ochenta

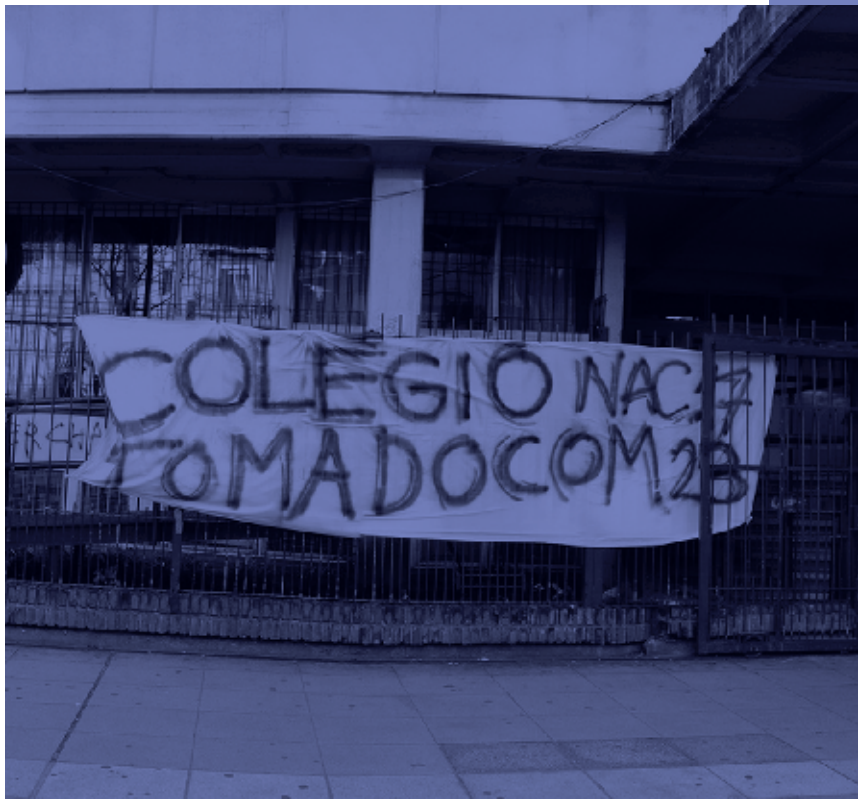
El semanario Gente, uno de los más comprometidos con la Junta Militar que el 24 de marzo de 1976 impuso la última dictadura militar, unas semanas después del golpe publicó una foto que mostraba a cuatro chicos pintando las paredes exteriores de su escuela, el industrial Otto Krause, acompañada por un texto explicando que no se trataba de “*militantes que convocan a un mitin*”

político” sino de estudiantes limpiando las paredes precisamente de ese tipo de pintadas. “*Se respira otro aire*”, comentaba el texto, “*y ellos empiezan a entender que el orden empieza por casa*”³⁰. La escuela, la casa, el país: la Junta Militar prometía poner “orden” y reestablecer los principios de jerarquía y disciplina que Gente, como muchos anónimos argentinos, pretendían recuperar. Ese “orden” se basó en la sistemática puesta en práctica del mecanismo de secuestros-torturas-desapariciones, base del terrorismo de Estado (Calveiro, 1998). De acuerdo a las cifras que publicó en 1984 la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, 70 por ciento de las personas “desaparecidas” tenía entre 16 y 30 años al momento de su secuestro, y 250 de ellos eran estudiantes secundarios -incluidos los 10 chicos y chicas que “desaparecieron” en La Plata durante la llamada “Noche de los Lápices”, la del 16 de septiembre de 1976 (CONADEP, 1984). Estas cifras no deberían llevar a la conclusión de que “desaparecieron por ser jóvenes”: a quienes instrumentaron el terror estatal les importaba menos la edad de sus víctimas que el hecho de que fueran militantes políticos y sociales (Vezzetti, 2002). Sin embargo, esto no obtura tampoco el hecho de que las condiciones político-culturales del régimen dictatorial afectaran a la sociabilidad juvenil de manera particular.

Las escuelas secundarias devinieron espacios de regimentación y control, donde se pretendía impedir que movilizaciones como la del “73” -el “huevo de la serpiente”, a los ojos militares- pudieran replicarse³¹. Ese disciplinamiento ideológico y cultural se evaluaba tanto por lo dicho y hecho como por los rasgos externos -largo del pelo, formas de presentación personal- y tendía a la uniformización y obediencia como valores supremos (Tedesco, 1983). Poco se hizo, desde el régimen, para intentar movilizar por la positiva a los estudiantes secundarios, con la excepción de las campañas “Marchemos a la frontera” (1979-1980) por las cuales se fomentaba el trabajo “solidario” de los estudiantes -fundamentalmente de escuelas técnicas de Buenos Aires- en pueblos y áreas fronterizas (Lvovich, 2009; Rodríguez, 2010). En la intersección de las décadas de 1970 y 1980, en cualquier caso, algunas redes sirvieron para la rearticulación de lazos entre estudiantes secundarios. Mientras las revistas circulaban de manera clandestina en algunos establecimientos, otros estudiantes avanzaron en la organización de algunos recitales de rock y campeonatos de fútbol, por ejemplo, a escala metropolitana (Garaño y Pertot, 2002; Pujol, 2005).

En el marco de la profundizada crisis económica, asimismo, algunos estudiantes se animaron a firmar petitorios e incluso pedir entrevistas con las autoridades para conseguir un boleto escolar a mitad de precio (Berguier *et al.*, 1986). Esa incipiente visibilidad pública de los estudiantes y sus demandas se imbricaron con la renovación de la actividad política que, acelerada tras la derrota militar en la Guerra de Malvinas, iba despejando el camino para una “salida democrática”.

Una nueva “primavera democrática” proyectó otra vez sobre los jóvenes, y entre ellos los estudiantes secundarios, la promesa de regenerar la cultura política argentina. Si en la década de 1960 la juventud cifraba expectativas modernizadoras y a inicios de la siguiente encapsulaba al cambio revolucionario, a mediados de los ochenta volvía al centro de la escena como esperanza para la “regeneración” de la Argentina. En los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín, a la vez que se removían las barreras de acceso y se recuperaba la tasa de matriculación, se confiaba en hacer de la escuela media



un espacio de socialización no autoritaria, eje para la modificación de las mentalidades y la renovación de la cultura política con un sentido democrático (Tiramonti, 2004). Como lo ha mostrado Iara Enrique, ese proyecto se plasmó, entre otras iniciativas, en la Ley de Centros de Estudiantes, que apuntaba a dejar atrás tanto al sujeto pasivo y obediente que el proyecto dictatorial habría intentado forjar como al “revolucionario” de inicios de la década de 1970. De esa manera, mientras alentaba la participación estudiantil en las áreas recreativas y culturales, la profusa normativa ministerial que, a lo largo de 1984, fue dotando de un marco legal al funcionamiento de los Centros, explícitamente desalentaba el accionar de los partidos políticos en las escuelas, concebidos como espacios de discordia y, en última instancia, reñidos con el civismo. Fueron los mismos estudiantes quienes reaccionaron frente a esa normativa. A mediados de 1984, en la “Marcha por la Libre Agrupación” que desarrollaron ante el Ministerio de Educación, grupos de estudiantes reclamaban, entre otros puntos, libertad para ejercer actividades gremiales, independencia de los organismos de control de las direcciones escolares y del accionar de los partidos políticos (Enrique, 2010). A diferencia de la “primavera democrática” en la que había reinado la UES, entre esas fuerzas políticas ahora asumían mayor centralidad la Franja Morada y también -en algunas escuelas- la Juventud de la Unión del Centro Democrático, por un lado; y la Federación Juvenil Comunista, por el otro. Fue de la mano de esta última organización que, en el área metropolitana, se lanzó en 1986 el “Frente 16 de septiembre” -a diez años de la “Noche de los Lápices”. La fecha se instituyó como un puntal para la construcción de memorias sobre la última dictadura en el marco de las escuelas medias (Lorenz, 2004) y devino un emblema para la rearticulación de una franja del movimiento estudiantil secundario, una que tomó la demanda de memoria, verdad y justicia como propia. No casualmente, al decir de crónicas periodísticas, los estudiantes secundarios representaban “un cuarto” de las 200.000 personas que, en septiembre de 1989, marcharon contra los indultos que el recientemente asumido Carlos Menem dispuso a los jerarcas de la última dictadura³².

Múltiples demandas, múltiples políticas

Con el despuntar de la última década del siglo XX, la combinación de una crisis económica mayúscula con una percepción nihilista sobre las posibilidades de transformación social mediante la acción política parecían dominar la cultura pública argentina. Con el correr de esa década, la sedimentación de esas percepciones llevaron a algunos intelectuales a hablar de “post-política”, “rechazo de la política” o “falta de participación” que, si bien alcanzaría a vastos segmentos de la población, encarnaría en las generaciones jóvenes. Mirando desde la perspectiva ventajosa del tiempo transcurrido, esos veredictos eran, como mínimo, apresurados. En lo concerniente al movimiento estudiantil secundario, esos veredictos también oscurecían una serie de dinámicas que se desarrollaron a principios de los noventa y que marcaron el tono de la proliferación de demandas y la multiplicidad de políticas que pervivieron en el nuevo siglo.

En 1991 y 1992, el movimiento estudiantil secundario estaba lejos de parecer desactivado, una imagen que se volvió recurrente con el correr de la década. Por el contrario, el activismo estudiantil se articuló al menos en tres instancias significativas. En primer lugar, alrededor del asesinato de María Soledad Morales ocurrido en septiembre de 1990. La movilización creció al año siguiente, cuando las complicidades de los poderes policiales, judiciales y políticos en la provincia de Catamarca diluían las posibilidades de esclarecimiento del “caso”. Como las crónicas de época precisaban, tanto en Catamarca como en el resto del país fueron estudiantes secundarios de escuelas públicas y privadas quienes parecían “liderar la indignación.” La marcha de silencio que tuvo lugar en Buenos Aires en mayo de 1991 fue colmada por miles de chicas y varones, muchos de ellos bajo las banderas de sus centros de estudiantes³³. La generalizada demanda de justicia, en el caso de los estudiantes secundarios, tomaba otros visos: es difícil negar la identificación que muchos y, especialmente, muchas habrán sentido con la víctima. En comparación, la segunda instancia de movilización que se gestó a lo largo de 1991 parecía más modesta, pero también organizada en función de las demandas de justicia, en este caso contra las políticas de “gatillo fácil”. Se trató de las acciones coordinadas de los centros de estudiantes en el área metropolitana para reclamar por el esclarecimiento de la muerte de Walter Bulacio, ocurrida pocos días después de haber sido apaleado por la Policía Federal a la entrada de un recital de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota. Más ideologizada y motorizada, en buena medida, por las agrupaciones de izquierda y de derechos humanos influyentes en muchos centros de estudiantes, la movilización

alrededor del “caso Bulacio” actuó como catalizador para la emergente concientización sobre la represión policial en sintonía con la re-estigmatización de la juventud como sujeto “peligroso” (Tiscornia, 2008). En términos más inmediatos, los vínculos inter-centros que se gestaron en ese contexto fueron fundamentales para la organización de la mayor movilización de la comunidad educativa de la década de 1990, aquella en oposición a la Ley Federal de Educación de mediados de 1992. Prácticamente todos los grupos que activaban en el movimiento estudiantil acordaron sostener la principal de las consignas: la “defensa de la escuela pública” ante lo que se veía como intentos privatizadores de la administración menemista³⁴.

Como sucediera con el conflicto alrededor de la “laica o libre”, las movilizaciones de 1992 también “fracasaron” y el movimiento estudiantil secundario parecía desvanecerse en los años que siguieron. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido tras la “laica o libre” -y durante buena parte del siglo XX, para el caso- los derechos a la organización permanecieron, más allá de los recurrentes reclamos de voceros mediáticos y, en algunos casos, también políticos, siempre del ala más conservadora, para cercenarlos y deslegitimarlos. Asimismo, las acciones estudiantiles de principios de la década de 1990 prefiguraban un escenario nuevo, en el que los estudiantes secundarios hicieron propias demandas que iban más allá de las estrictamente gremiales o de las asociadas a una memoria social “secundaria” -tal el caso de “La Noche de los Lápices”-, para encarar otras vinculadas con la justicia y la estigmatización a la que eran, y son, sujetos los y las jóvenes en el filo del nuevo siglo.

Bibliografía

Fuentes Primarias y Testimonios Editados

- CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires, EudeBA, 1984.
- GUELLAR, Diana; JARACH, Vera; y RUIZ, Beatriz, *Los chicos del exilio: Argentina (1975-1984)*, Buenos Aires, El País del Nomeolvides, 2002.
- ROBLES, Adriana, *Perejiles: Los otros Montoneros*, Buenos Aires, Colihue, 2004.

Bibliografía Secundaria

- ALTAMIRANO, Carlos, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- BERGUIER, Ruben; HECKER, Eduardo; y SCHIFRIN, Ariel, *Estudiantes secundarios, sociedad y política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- BUCHBINDER, Pablo, *Historia de las universidades nacionales*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- CALVEIRO, Pilar, *Poder y desaparición: los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- CATTARUZZA, Alejandro, “El mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, en *Entrepasados* N° 13, pág. 67-76, 1997.
- ENRIQUE, Iara, “El protagonismo de los jóvenes estudiantes secundarios en los primeros años de democracia (1983-1989)”, Ponencia presentada en II Reunión RENIJA, Salta, octubre, 2010.
- FASS, Paula, *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*, New York, Oxford University Press, 1977.
- FOWLER, David, *Youth Culture in Modern Britain, c. 1920-c. 1970*, London, Palgrave Macmillan, 2008.
- GARAÑO, Santiago y PERTOT, Werner, *La otra Juventud: Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires, 1971-1986*, Buenos Aires, Biblos, 2002.
- GILLESPIE, Richard, *Soldiers of Perón: Argentina's Montoneros*, Oxford, Clarendon Press, 1982.
- GILLIS, John, *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1700 Present*, New York, Academic Press, 1974.
- GUTMAN, Daniel, *Tacuara: la primera guerrilla urbana en la Argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2004.
- LORENZ, Federico, “Tómala vos, dámela a mí: La noche de los lápices, el deber de memoria y las escuelas”, en JELIN, Elizabeth y LORENZ, Federico (comps.), *Educación y memoria: La escuela elabora el pasado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- LVOVICH, Daniel, “Estrategias movilizadoras del régimen militar destinadas a sectores juveniles e infanti-

les”, ponencia presentada en *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Bariloche; Centro Regional Universitario Bariloche/Universidad Nacional del Comahue, 2009.

- MANZANO, Valeria, *Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early-1960s Buenos Aires*, *Journal of the History of Sexuality*, 14:4, octubre, 2005.
- _____, “La batalla de los ‘laicos’: Movilización estudiantil en Buenos Aires, Septiembre - Octubre de 1958”, en *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 31, 2008.
- _____, *The Making of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality, 1956- 1976*, Tesis Doctoral, Indiana University at Bloomington, 2009.
- _____, “Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los años sesenta”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 50, N° 199, octubre-diciembre, 2010.
- Mitterauer, Michel. 1986. *A History of Youth*, Oxford, Blackwell.
- NIEVAS, Fabián. “Cámpora: Primavera - Otoño. Las tomas”, en Alfredo Pucciarelli, comp., *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires.
- O’DONNELL, Guillermo, *El estado burocrático-autoritario*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1996.
- PUJOL, Sergio, *La década rebelde: los sesenta en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002.
- _____, *Rock y dictadura*, Buenos Aires, Emecé, 2005.
- RODRÍGUEZ, Laura, “Políticas educativas y culturales durante la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983): La frontera como problema”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 15, N° 47, octubre-diciembre, 2010.
- SIRINELLI, Jean-François, *Les baby boomers: Une generation (1945-1969)*, Paris, Hachette, 2003.
- SORCINELLI, Paolo y VARNI, Angelo (eds.), *Il secolo dei giovani: Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, Bologna, Donzelli Editore, 2005.
- TEDESCO, Juan Carlos, “Elementos para una sociología del curriculum escolar en la Argentina”, en TEDESCO, Juan Carlos; BRASLAVSKY, Cecilia; y CARCIOFI, Ricardo, *El proyecto educativo autoritario. Argentina (1976- 1982)*, Buenos Aires, FLACSO, 1983.
- TIRAMONTI, Guillermina, “¿Quiénes van a la escuela hoy en la Argentina?”, en TIRAMONTI, Guillermina; BRASLAVSKY, Cecilia; y FILMUS, Daniel (eds.), *Las transformaciones de la educación en diez años de democracia*, Buenos Aires, Tesis, 1995.
- _____, “Veinte años de democracia: acepciones y perspectivas para la democratización del sistema educativo”, en NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente (eds.), *La historia reciente: Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2004.
- TISCORNIA, Sofía, *Activismo de los derechos humanos y burocracias estatales: El caso Walter Bulacio*, Buenos Aires, Ediciones del Puerto, 2008.
- TORRE, Juan Carlos y PASTORIZA, Elisa, “La democratización del bienestar”, en TORRES, Juan Carlos (ed.), *Nueva Historia Argentina Vol. 8: Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Notas

- 1 Ver, entre otras, “Declaraciones”, *Clarín*, 16 de septiembre de 1958, pág. 20; “El Jefe de Policía analizó ciertos hechos de actualidad”, *La Prensa*, 30 de septiembre de 1958, pág. 8; “El acatamiento a la ley”, *La Nación*, 5 de octubre de 1958, pág. 6; “Se debe evitar el naufragio de la juventud”, *La Razón*, 9 de octubre de 1958, pág. 17.
- 2 Un ejemplo muy ilustrativo en Mariano Grondona, “¿Quién manda: los estudiantes, Moyano o el que sea?”, *La Nación*, 12 de septiembre de 2010, pág. 6.
- 3 Ministerio de Educación y Justicia, *La enseñanza media (1914-1963)*, 2 vol., Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1964, pág. 58, 63, 77-78, 161, 299-300, 407-409, Ministerio de Educación y Cultura, *La educación en cifras, 1961-1970* (Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1972).
- 4 Consejo Nacional de Desarrollo, *Origen socio-económico y otros factores que inciden sobre el acceso y elección de las carreras de enseñanza media*, pág. 42-51, Buenos Aires, CONADE, 1968.

- ⁵ *La educación en cifras, 1961-1970*, pág. 143.
- ⁶ "Educación", *Revista Eclesiástica Argentina* N° 2, marzo-abril, pág. 86, 1958.
- ⁷ "La Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios", *Revista del Mar Dulce*, N° 8, junio-julio, pág. 28, 1958.
- ⁸ "Fue unánime el paro de estudiantes secundarios", *La Hora*, 10 de septiembre de 1956, pág. 16, Archivo DIPBA, Mesa "A", Factor Estudiantil, Legajo N° 2, folio 11.
- ⁹ "Desalojó la policía colegios ocupados por estudiantes", *Clarín*, 25 de septiembre de 1958, pág. 16-17.
- ¹⁰ Los colegios eran los nacionales Sarmiento, Avellaneda y 14; la escuela de comercio de San Isidro; las industriales 1 y 2, de Avellaneda; y la Escuela Industrial de Lanús, "Cesan las clases en ocho establecimientos secundarios", *Clarín*, 28 de septiembre de 1958, pág. 7.
- ¹¹ "Los colegios ocupados en la provincia", *Clarín*, 30 de septiembre de 1958, pág. 20; "Un grupo de alumnas visitó nuestra redacción: una denuncia", *La Razón*, 2 de octubre de 1958, pág. 2.
- ¹² "Hubo ausencia de alumnos en las escuelas secundarias", *La Prensa*, 25 de agosto de 1960, pág. 4.
- ¹³ Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, Expediente 117.119/60, 12 de septiembre de 1960.
- ¹⁴ Federación Juvenil Comunista, Balance General-1962, Carpeta 50, Archivo del Partido Comunista Argentino.
- ¹⁵ Elvira de Raffo, comp. *Dejar crecer*, pág. 108, Buenos Aires, 1959.
- ¹⁶ "La edad ingrata", *Para Ti* N° 2141, 23 de julio de 1963, pág. 20-21; Daniel Muchnik, "Cinco años perdidos", *Panorama* N° 34, pág. 65, marzo de 1966.
- ¹⁷ Ofelia Ferreiroa, "Experiencias realizadas en una escuela secundaria", *Revista de Psicología* N° 5, pág. 38, 1967; Silvia Rudni, "Adolescentes, la hora de la verdad", *Primera Plana* N° 309, 30 de noviembre de 1968, pág. 70-73; el comunicado del Ministerio en "Problemas de la adolescencia", *La Razón*, 1 de junio de 1965, pág. 14.
- ¹⁸ "Incidentes en el Colegio Mariano Acosta", *La Opinión*, 18 de agosto de 1971, pág. 18; "La ropa que vos usáis", *Primera Plana* N° 478, 28 de marzo de 1972, pág. 31.
- ¹⁹ "Adolescentes, lo que vendrá", *Primera Plana*, N° 495, 25 de julio de 1972, pág. 39-40; "La crisis de la disciplina tradicional", *Siete Días*, N° 261, 15 de mayo de 1972, n/p.
- ²⁰ "La hora de los pibes", *Panorama*, N° 210, 4 de mayo de 1971, pág. 14; "La huelga docente ha contribuido a la politización del estudiantado", *La Opinión*, 4 de junio de 1971, pág. 13.
- ²¹ "Se afianza el predicamento del peronismo entre estudiantes secundarios", *La Opinión*, 14 de septiembre de 1972, pág. 16; "Vicente López: concierto para bombos", *Panorama*.
- ²² Entrevista con Marcelo Schapces, Archivo 0245, Archivo Asociación Civil Memoria Abierta; "Reestablecimiento de la normalidad en los colegios secundarios", *La Opinión*, 5 de julio de 1973, pág. 15.
- ²³ *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, N° 2, 30 de junio de 1973, pág. 1-4; para un panorama de los cambios en los planes curriculares que acompañarían esas transformaciones, ver *La escuela media para la liberación y la reconstrucción nacional* (Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación 1973).
- ²⁴ "Reunión Nacional de Comisión, 25-7-73 y 23-8-73", Archivo Patricio Etchegaray, Carpeta 353, APC; "La UES está presente, mi general", *El descamisado*, N° 18, 18 de septiembre de 1973, pág. 26-7.
- ²⁵ "La escuela secundaria y sus líderes", *La Opinión Cultural*, 22 de septiembre de 1973.
- ²⁶ "Van a Salta y hacen falta", *El Descamisado*, N° 34, 7 de enero de 1974; y el testimonio sobre ese tipo de actividades de una ex militante en Adriana Robles, *Perejiles: Los otros Montoneros* (Buenos Aires, Colihue, 2004).
- ²⁷ "Ponen el hombro en Salta 500 secundarios", *Noticias*, 7 de enero de 1974, pág. 12; "El día en que la UES hizo vibrar a toda Salta", *El Descamisado*, N° 37, 29 de enero de 1974, n/p.
- ²⁸ Dirección Nacional de Enseñanza Media y Superior, *Circular* N° 12, 22 de febrero de 1974, Centro Nacional de Información Documental Educativa (CeNIDE).
- ²⁹ "Discurso pronunciado por el Dr. Oscar Ivanissevich el 11 de septiembre de 1974", Carpeta 042-193, CeNIDE; Resolución 51/74, *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, N° 12, 15 de octubre de 1974, pág. 9; Resolución 41/75, *Boletín* N° 18, 31 de enero de 1975, pág. 3.
- ³⁰ "Pongamos la casa en orden", *Gente*, N° 560, 15 de abril de 1976, pág. 17.

³¹ La idea del “huevo de la serpiente” aparece, por ejemplo, en Estado Mayor General del Ejército, *Marxismo y subversión: ámbito educacional*, Buenos Aires, ca. 1976.

³² “200.000 personas marcharon contra el indulto presidencial”, *Clarín*, 10 de septiembre de 1989, pág. 2-3.

³³ “Estudiantes secundarios lideraron la ‘Marcha del Silencio’”, *Página 12*, 17 de mayo de 1991.

³⁴ Así definieron la movilización, también, los principales medios, ver por ejemplo “250.000 personas se movilizan por la escuela pública”, *Clarín*, 26 de junio de 1992, pág. 6-7.

Resumen

Este artículo reconstruye las tradiciones y repertorios organizativos de los estudiantes secundarios en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. El artículo propone poner en relación la movilización y organización de los estudiantes con dinámicas que, se hipotetiza, ayudan a explicar sus alcances y características. Entre esas dinámicas se encuentran no sólo la expansión y feminización de la matrícula escolar -y las variaciones entre ramas en que se estructura la escuela media- sino también la emergencia, consolidación, y cuestionamiento de la juventud como categoría cultural y política y de los/as jóvenes como actores políticos.

Haciendo uso de prensa estudiantil, entrevistas orales, memorias y materiales oficiales -circulares, programas- el artículo se detendrá en cuatro momentos significativos, en un esfuerzo por analizar continuidades y rupturas en la fisonomía del actor “movimiento estudiantil secundario”. Primero, el artículo se detendrá en las movilizaciones conocidas como “laica o libre” (septiembre y octubre de 1958), las primeras a escala nacional en las cuales varones y mujeres, de colegios privados y públicos, ocuparon masivamente las calles y cuestionaron -en términos prácticos- la legislación (vigente hasta 1973) que les impedía desarrollar tareas gremiales y/o políticas en el marco escolar. Segundo, el artículo reconstruye la coyuntura de “1973”, suerte de primavera democrática en la cual los estudiantes secundarios -enrolados de forma masiva en el marco de los “frentes” ligados a movimientos políticos mayores- estuvieron en el centro de la escena político-cultural. La mitad de la década de 1980 ofrece el tercero de los momentos a reconstruir: en el debate público sobre la “regeneración” del país tras el terrorismo de estado, los estudiantes secundarios volvieron a ocupar un sitio de preferencia. En su aprendizaje democrático, se creía, debían y podían articular sus propias organizaciones. Parte de ese optimismo se había evaporado hacia la primera mitad de la década de 1990, el último de los momentos que analiza este artículo, poniendo el foco en dos experiencias: la participación estudiantil en las campañas contra el “gatillo fácil” y la violencia contra adolescentes -especialmente tras el asesinato de Walter Bulacio en 1991 y en las movilizaciones por el “caso María Soledad”- y las coordinadoras creadas en defensa de la educación pública en 1992. Se hipotetiza que esa ampliación de los marcos de intereses, articulaciones, y discursos que atravesaban al movimiento estudiantil secundario en los primeros años de la década de 1990, con ciertas transfiguraciones, se han proyectado hacia el siglo XXI.

Palabras clave

Movimiento estudiantil secundario - Juventud - Culturas juveniles

Abstract

This article gives a review of the organizational traditions and repertoires of high-school students in the second half of 20th-century Argentina in an effort to describe the continuities and ruptures of the actor referred to as “high-school student movement”. First, demonstrations known as “lay or free” (September and October, 1958) are analyzed, having been the first nationwide mobilizations where students, both male and female, questioned the legislation which prevented them from taking part in union-based and/or political activities within the school sphere. Second, the article reconstructs the country’s “1973” circumstances, a kind of democratic spring when high-school students — in “fronts” of wider political movements— were a central cultural-political factor. A third period to be reconstructed is the mid-1980’s —in the public debate over the country’s “regeneration” after state terrorism, high-school students were in the spotlight once again. The last period concerned is the first half of the 1990’s, and two experiences are highlighted: student participation in rallies condemning trigger-happy cases and violence against teenagers, and the organizing committees in defense of public education set up in 1992.

Key words

Secondary - School students’ movement - Youth - Youth cultures